

11

COLECCIÓN DE
INVESTIGACIONES
EN DERECHO

Michel Foucault: discurso y poder

Adriana María Ruiz Gutiérrez &
David Antonio Rincón Santa (compiladores)



Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas



Universidad
Pontificia
Bolivariana

194
U58

Universidad Pontificia Bolivariana. CIDI. Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos, autor

Michel Foucault : discurso y poder / Adriana María Ruiz Gutiérrez y David Antonio Rincón Santa, compiladores –. Medellín: UPB, 2017.

326 páginas, 17 x 24 cm. (Colección de Investigaciones en Derecho, No. 11)

ISBN: 978-958-764-454-8

ISBN: 978-958-764-455-5 Versión web

1. Foucault, Michel, 1926 – 1984 – Crítica e interpretación – 2. Filosofía – Francia – 3. Educación – 4. Exclusión social – 5. Biopolítica – I. Ruiz Gutiérrez, Adriana María, compilador – II. Rincón Santa, David Antonio, compilador – III. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / rda

SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Adriana María Ruiz Gutiérrez

© David Antonio Rincón Santa

© Enán Arrieta Burgos

© Esteban González Jiménez

© Hernando Blandón Gómez

© Julia Urabayen

© Luis Bernardo Ruiz Jaramillo

© Tommaso Gazzolo

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Michel Foucault: discurso y poder

ISBN: 978-958-764-454-8

ISBN: 978-958-764-455-5 (versión web)

Primera edición, 2017

Escuela de Derecho y Ciencias Políticas

Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos

Línea de investigación en Conflictos, violencias y resistencias.

Proyecto de investigación Biopolítica de la sobrevida: exclusión y control en estado de excepción

Radicado 272B-09/14-37

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinadora de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Corrector de Estilo: David Rincón Santa

Ilustraciones: Hernando Blandón Gómez

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2017

E-mail: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1578-09-05-17

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



D

Dispositivo de exilio y procesos de subjetivación política: una aproximación biopolítica de las novelas *Un día entre las cruces* y *La rueda de Chicago*

David Antonio Rincón Santa¹
(Museo Casa de la Memoria, Colombia)

Introducción

El ciclo de novelas: *Un día entre las cruces* (2003), *La rueda de Chicago* (2004) y *La piel por la piel* (1997), del escritor colombiano Armando Romero, narra las vivencias del personaje literario Elipsio y da cuenta de un asunto que no suele asociarse a la literatura colombiana, el exilio. En la producción y el estudio de obras literarias en el ámbito latinoamericano, es un tema que se asocia con países como Argentina, Uruguay o Chile, en tanto que las dictaduras que vivieron durante parte de la segunda mitad del siglo XX, produjeron una cantidad considerable de exiliados; o con el territorio mexicano, lugar de destino de muchos exiliados, no solo latinoamericanos sino también españoles. Este trabajo identifica en dos

¹ Politólogo e investigador del Museo Casa de la Memoria. Este texto se encuentra publicado en Rincón, D. (2017). Dispositivo de exilio y procesos de subjetivación política: una aproximación biopolítica de las novelas *Un día entre las cruces* y *La rueda de Chicago*. *Analecta Política*, 7 (12), 63-96.

novelas colombianas los procesos de subjetivación del exilio, el dispositivo de saber y poder que lo produce, y las formas de resistencia que se le oponen. Por esta vía, abre caminos para indagar sobre un asunto que no suele considerarse dentro de los estudios políticos y literarios en Colombia.

El trabajo construye vasos comunicantes entre las novelas y una rama en particular de las Ciencias Políticas, la biopolítica, para desarrollar una lectura interpretativa desde dicho enfoque. La razón por la cual se selecciona esta perspectiva radica en su pertinencia para comprender los fenómenos políticos contemporáneos, como el exilio, desde un ámbito más amplio, que implica considerar la forma en que los aparatos políticos afectan directamente la vida de los sujetos, considerados particularmente o como población. El exilio constituye un fenómeno político que define al sujeto como un ser agrietado, lo que implica directamente su vida, y por tanto, un fenómeno de carácter biopolítico. Esto se ve reflejado en los textos literarios, cuyo personaje se halla atrapado y determinado por las redes del dispositivo de exilio; se genera y se afectan sus procesos de subjetivación al estar sometido al desplazamiento permanente, se modifican sus prácticas, formas de ver el mundo, maneras de habitar, de relacionarse con el territorio que deja y al que llega.

La forma en que procede la investigación amplía los campos de estudio de las Ciencias Políticas, ya que se distancia de los asuntos tradicionales, como las Instituciones, la Seguridad y la Defensa, las Relaciones Internacionales y la construcción del Estado moderno; al tiempo que ofrece nuevas rutas de investigación de la biopolítica y aporta claves desde dicho enfoque para hacer una lectura política de los textos literarios. Los autores que dan la base desde la biopolítica son Foucault, Deleuze (1990) y Agamben (2010; 2011); a ellos se suman las reflexiones que desde otros campos hacen Said (2005), Sennett (2014) y Sardui (2000). Estas consideraciones se contrastan en las novelas de Armando Romero, y desde allí, se aportan otros elementos a la discusión. La forma en que se abordan dichos autores se describe a continuación.

El trabajo se divide en dos partes. El primer capítulo aborda los planteamientos de Foucault y Deleuze, para exponer y explicar las categorías de dispositivo y subjetivación política. Ambas se vinculan a partir de los dos movimientos que implica la subjetivación política, tal como la entiende

Foucault: por un lado, las redes de saber/poder que construyen al sujeto, y por el otro, el sujeto que resiste y se constituye a sí mismo desde distintos mecanismos. Luego, se comienzan a desentrañar las líneas que constituyen un dispositivo en particular, el del exilio. Para esto se toman de Agamben (2010; 2011) las nociones de poder soberano, bando soberano, nuda vida y *homo sacer*; debido a la producción de nuda vida que lleva a cabo el poder soberano en la constitución del sujeto de exilio. Se tratan las líneas del dispositivo que se construyen desde los aportes teóricos de Said (2005) y Sennett (2014), como la vivencia contrapuntística, la discontinuidad del ser y la soledad, y su condición de ser extranjero. Se finaliza con la noción de contra-dispositivo o líneas de fuga que permite el dispositivo, para delinear algunas de las formas de resistencia al exilio.

La segunda parte aborda las dos novelas que se seleccionaron: *Un día entre las cruces* (2003) y *La rueda de Chicago* (2004), y realiza dos procesos simultáneamente. En primera medida, una lectura biopolítica que permite rastrear y contrastar las categorías elaboradas en el primer capítulo. En segunda instancia, obtiene desde el recurso literario otros elementos que constituyen los procesos de subjetivación del exilio, tanto en el dispositivo como en el contra-dispositivo.

Elementos del dispositivo de exilio y procesos de subjetivación del exiliado

En este primer capítulo se presentan y explican las bases teóricas sobre las cuales se construyen las categorías que orientan la discusión, como lo son, dispositivo, exilio, subjetivación política, poder soberano y *homo sacer*. Estas permiten cartografiar y comprender las líneas que constituyen el dispositivo de exilio, qué procesos de subjetivación lleva a cabo y qué procesos resisten a él. Estas reflexiones se enmarcan dentro de la biopolítica, entendida como la manera en que las relaciones y redes de poder/saber implican y determinan la vida, ya sea de los individuos (atomopolítica) o de las poblaciones (biopolítica); e incluso, el manejo de su muerte (anatomopolítica).

Subjetivación política y dispositivo

De acuerdo con la lectura que hace Tassin (2012), la subjetivación² se define como un “llegar a ser sujeto” en un devenir que no cesa, se transforma y se difiere constantemente. Además, el hecho de que se hable de subjetivación *política*, significa que en este proceso operan condiciones, circunstancias y modalidades exteriores al sujeto; lo cual se refiere a uno de los dos componentes de la subjetivación, tal como la entiende Foucault. Esta comprende dos movimientos o dinámicas. En un primer momento, se trata de la manera en que las relaciones de poder moldean la forma de vida de los sujetos sometidos a ellas. Y en segunda instancia, la manera en la que el sujeto se apropia de sí, se crea, se construye y resiste a dichas fuerzas que operan sobre sí, ya sea de una manera ética o estética.

La subjetivación política se halla íntimamente ligada con la noción de dispositivo (Agamben, 2011; Deleuze, 1990; García, 2011), se define como una red heterogénea de saber/poder constituida por elementos discursivos y no discursivos: enunciados (filosóficos, económicos, políticos, morales, filantrópicos), disposiciones arquitectónicas, instituciones, medidas gubernamentales (locales, nacionales, internacionales), entre otros. El dispositivo no está constituido solamente por sus elementos, sino por la red de relaciones que se tejen entre ellos; Deleuze (1990) los denomina líneas. De tal manera que el dispositivo es un conjunto multilineal, con líneas de visibilidad, enunciación, fuerza, subjetivación, ruptura, fisura y fractura, que se entrecruzan, se afectan unas a otras, y se configuran en manera de ovillo, madeja y red variable. Además, los dispositivos se constituyen como “máquinas para hacer ver y para hacer hablar” (Deleuze, p. 155), lo que quiere decir que estos elementos actúan sobre los sujetos, los configuran y determinan sus modos de vida, en la medida en que moldean los campos de lo visible y lo invisible, a la vez que los campos de enunciación dentro de los que se inscriben. Por ejemplo, el dispositivo que constituye una escuela de enseñanza primaria que envuelve entre sus redes a los niños que entran, y viven un proceso de subjetivación en el que devienen estudiantes; determina la manera en que estos sujetos ven un asunto, cómo se acercan

² Tassin (2012) establece una diferenciación entre las concepciones que tienen Foucault, Rancière y Arendt con respecto a la subjetivación política. En el presente trabajo se toma la perspectiva foucaultiana.

a él, cómo pueden referirse (o callarse) al respecto. El dispositivo le pone al sujeto las gafas con las cuales puede ver (y no ver) el mundo, además de las palabras que está en capacidad de usar para enunciarlo. Otro de los asuntos que aborda Deleuze al analizar la noción de dispositivo, y que tiene que ver con su atributo de red, es que implica líneas de fuerzas entre sus distintos elementos, lo que confiere un carácter móvil a dicha red. Estas fuerzas se producen en la conexión de un punto con otro y pasan por todos los puntos de los que se compone el dispositivo.

Las consideraciones de Deleuze (1990) permiten anudar las nociones de dispositivo y subjetivación, “una línea de subjetivación es un proceso, es la producción de subjetividad en un dispositivo: una línea de subjetivación debe hacerse en la medida en que el dispositivo lo deje o lo haga posible. Es hasta una línea de fuga” (p. 157). En este planteamiento se hallan las dos dinámicas que están implicadas en el proceso de subjetivación, tal como lo estudia Foucault, tanto el poder que forma sujetos, como los sujetos que se forman a sí mismos para resistir al poder. Estas dos nociones y estos dos movimientos abren la puerta para estudiar los distintos componentes de lo que se denomina dispositivo de exilio, es decir, las distintas redes y fuerzas que configuran la subjetividad de los exiliados; además de los procesos de subjetivación que los exiliados oponen como resistencia a dicha red.

Construir la categoría dispositivo de exilio, describir los elementos por los que está compuesto, las distintas relaciones entre estos, y descubrir los procesos de subjetivación que a él se encuentran anudados, es un esfuerzo que puede enmarcarse en las consideraciones de Deleuze (1990): “Desenmarañar las líneas de un dispositivo es en cada caso levantar un mapa, cartografiar, recorrer tierras desconocidas” (p. 155). En este recorrido, el siguiente paso es abordar los estudios de Agamben (2010), para luego establecer conexiones con las consideraciones que Said (2005) y Sennett (2014) desarrollan sobre el exilio.

Homo sacer: poder soberano y nuda vida

En la misma línea de la biopolítica, Agamben (2010) dedica sus estudios en *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*, a desentrañar el elemento originario sobre el cual se funda el poder político en Occidente, a partir de lo que denomina una exclusión inclusiva de la nuda vida en el ámbito político, caracterizado porque unos (poder soberano) ejercen poder sobre otros. Agamben (2010) parte de una distinción que hacían los griegos entre *zōé* y *bios*, términos usados para designar la vida, pero que tenían connotaciones distintas. *Zōé* quiere decir el simple hecho de vivir, mientras *bios* se refiere a una forma o manera de vida propia de un individuo o de un grupo; por ejemplo, el modo en que los hombres habitan en una comunidad política, como la ciudad.

Para Agamben (2010), la política occidental se funda en una exclusión inclusiva (y, por lo tanto, una excepción) de la *zōé* en la *polis*. Al entrar en la comunidad política, se excluye esta mera vida, si se quiere la vegetativa o animal que hay en los humanos, y se concibe la existencia política no como un mero vivir sino como un vivir bien, de acuerdo con ciertas normas y disposiciones que se imponen a los hombres. La vida se politiza y los seres humanos habitan “en la *polis* dejando que en ella quede apartada su propia nuda vida” (Agamben, 2010, p. 17). Esto es lo que se describe como el pacto originario para pasar del estado de naturaleza al Estado político o civil, en el que todos se someten a un poder soberano; lo que en la teoría política se ha denominado teorías contractualistas modernas. La mera vida no queda eliminada, sino que se excluye y se confina a un lugar especial: el estado de excepción, en el que el soberano puede disponer de esa nuda vida, la cual queda incluida por medio de una exclusión. En resumen, para Agamben (2010) la pareja categorial fundamental de la política occidental es:

[...] la de nuda vida-existencia política, *zōé-bios*, exclusión-inclusión. Hay política porque el hombre es el ser vivo que, en el lenguaje, separa la propia nuda vida y la opone a sí mismo, y, al mismo tiempo, se mantiene en relación con ella en una exclusión inclusiva. (p. 18)

Para su tarea de desentrañar el fundamento del poder político en Occidente, Agamben (2010) se sustenta en las dos nociones de poder soberano, que toma de Schmitt, y nuda vida, que acoge principalmente de Benjamin, a las que

dedica las partes primera y segunda de *Homo Sacer*. Es preciso ampliar los planteamientos de Agamben, de modo que permitan más adelante delinear algunos de los elementos que constituyen el dispositivo de exilio. Al comenzar por el poder soberano, Agamben acoge la definición de Schmitt: “soberano es el que decide sobre el estado de excepción” (Schmitt citado en Agamben, 2010, p. 22), y es dicho estado el que liga las dos nociones antes mencionadas.

Para comprender la importancia de que sea el soberano quien decida sobre el estado de excepción, es necesario referirse a la tesis hobbesiana (Hobbes, 2000) sobre la que se funda el Estado político. Se imagina un estado de naturaleza en el que los hombres le temen a todos los hombres y su vida está en constante peligro, lo que ha pasado a la tradición de la filosofía política como *homo homini lupus* (el hombre es un lobo para el hombre). Para salir de dicha zozobra, se establece un pacto, por medio del cual los hombres deciden temerle solo a un hombre, el soberano, en lugar de temerle a todos; lo que configura el paso del estado de naturaleza al Estado civil, de *zōé* a *bios*, de una violencia natural a una violencia política (Benjamin, 1998). Sin embargo, el estado de naturaleza no queda por fuera, sino incluido en el Estado soberano por medio de una exclusión, a través de la decisión que tiene el soberano sobre el estado de excepción. Queda allí el reducto de violencia, propio del estado de naturaleza, que no puede eliminarse del todo en la constitución jurídico-política de una sociedad:

Estado de naturaleza y estado de excepción son solo las dos caras de un único proceso topológico en que [...] aquello que se presuponía como exterior (el estado de naturaleza) reaparece ahora en el interior (como estado de excepción), y el poder soberano es propiamente esta imposibilidad de discernir entre exterior e interior, naturaleza y excepción, *physis* y *nomos* (Agamben, 2010, p. 54).

Este estado de excepción se configura como una relación de bando³, en el que la ley se suspende, se aplica desaplicándose; y la vida política, *bios*,

³ Agamben toma la noción de bando de Jean-Luc Nancy (1983), en el texto *L'impératif catégorique*. El concepto indica un tipo de relación en que el soberano y los gobernados se vinculan estrechamente. Los individuos están sometidos a la autoridad del soberano, cuyas órdenes y mandatos determinan la vida de aquellos, y pueden llegar a convertirla en una vida despojada de sus atributos

protegida normalmente por el ordenamiento político, queda desnuda, en abandono ante el poder soberano, que puede disponer de ella en tanto nuda vida, una zona de indistinción entre *zōé* y *bios*. Dice Agamben (2010):

El que ha sido puesto en bando no queda sencillamente fuera de la ley ni es indiferente a ésta, sino que es *abandonado* por ella, es decir que queda expuesto y en peligro en el umbral en que vida y derecho, exterior e interior se confunden (p. 44).

En este punto puede hacerse la conexión con la nuda vida del *homo sacer*, porque la vida de quien es puesto en bando se convierte en nuda vida, es decir “la vida a quien cualquiera puede dar muerte pero que es a la vez *insacrificable del homo sacer*” (Agamben, 2010, p. 18). Por ejemplo, cuando el soberano declara el estado de sitio y aplica una medida como el toque de queda, la vida de las personas que circulan luego de la hora que se indicó, se convierte en la nuda vida del *homo sacer*, queda enfrentada ante la ley en su totalidad y se sella bajo un doble signo: no se puede sacrificar, pero cualquiera puede darle muerte sin cometer asesinato.

Agamben (2010) dedica la segunda parte de su estudio a esta figura del *homo sacer*, sujeto determinado por la producción de la nuda vida que lleva a cabo el poder soberano a través del bando, que ejerce su poder de decisión sobre el estado de excepción. Un sujeto es puesto en bando cuando se le juzga por haber cometido cierto delito, de tal modo que adquiere impureza y no es lícito sacrificarlo, pero tampoco se condena a quien le dé muerte; es decir, es insacrificable, pero a la vez su potencial homicidio está signado por la impunidad. Esto es lo que confiere a la vida del *homo sacer* su doble carácter: su vida es sagrada, pues no se le puede sacrificar; y es maldita, debido a la impureza por el delito cometido y a la impunidad de darle muerte. En consecuencia, “el *homo sacer* ofrece la figura originaria de la vida apresada en el bando soberano y conserva así la memoria de la exclusión originaria a través de la cual se ha constituido la dimensión política”

políticos, es decir nuda vida. Pueden encontrarse ejemplos de esta puesta en bando en decisiones soberanas como el servicio militar obligatorio, la pena de muerte, la declaración del estado de sitio, o el abandono de poblaciones marginadas en las periferias.

(Agamben, 2010, pp. 108-109). Es decir, la exclusión de la nuda vida en el orden político soberano por medio de su inclusión en el bando soberano.

De este modo se comprende bajo qué forma entra la vida a la ciudad, como nuda vida que es a la vez vida sagrada, que no es *bios* político ni *zōé* natural, sino una zona de indistinción entre ambas, donde se implican y se excluyen, y se constituyen la una a la otra: “Como si la vida solo pudiera entrar en la ciudad bajo la doble excepción de poder recibir la muerte impunemente y de ser insacristificable” (Agamben, 2010, p. 117). Desde esta doble excepción, la vida humana se politiza y el Estado se funda sobre una desligadura: incluye la nuda vida al excluirla, la deja confinada a la decisión que tiene el soberano cuando dicta el bando y desnuda la vida ante la ley. Esta desvinculación implica y produce la nuda vida, que constituye el elemento político originario. Luego de abordar las categorías de poder soberano, nuda vida y la figura del *homo sacer* que las conecta, se hace énfasis en la particularidad del exilio dentro de la generalidad del *homo sacer*, del sujeto de exilio como un tipo de *homo sacer*, lo que permite construir los elementos del dispositivo de exilio.

Líneas del dispositivo de exilio: Agamben, Said, Sennett

El exilio puede ser abordado desde dos perspectivas según Agamben (2010): para unos implica un castigo, pero para otros significa un derecho o un refugio. A su vez, puede leerse los dos movimientos que están implicados en los procesos de subjetivación foucaultianos, que median una semejanza entre ambos y es el hecho de huir de un lugar. En el caso del castigo, la estructura de poder exterior obliga al sujeto a huir de su territorio y lo constituye como un exiliado que tiene que irse. Cuando se aborda desde la perspectiva de un derecho o un refugio, es el sujeto quien se constituye a sí mismo como exiliado, se siente en peligro, se obliga a huir y busca otro territorio donde acomodarse.

Además de esto, en el dispositivo de exilio se encuentra implicada la producción de nuda vida. En la zona de indiferencia de la nuda vida creada

por medio del bando soberano, la vida del exiliado limita con la del *homo sacer*, y por lo tanto puede considerarse el sujeto de exilio como un tipo del *homo sacer*, o como si en su proceso de subjetivación estuviera implicada la producción de nuda vida propia del *homo sacer*. Así, al tomar los atributos de este, el exiliado es insacrificable, pero cualquiera puede darle muerte y quedar impune. Al seguir por esta línea de coincidencia entre el *homo sacer* y el exiliado, el poder soberano crea bandos que producen sujetos de exilio, y en este sentido, tales bandos constituyen uno de los elementos del dispositivo de exilio. Cuando se tiene el exilio como un castigo, se trata de una puesta en bando explícita, y si se refiere a él como un derecho o un refugio, implícita. Un ejemplo del primer caso puede encontrarse en las dictaduras del Cono Sur en Latinoamérica, en las que el poder militar ejerció una persecución contra ciertos grupos, como las personas que tenían una ideología distinta a la del poder dominante, en este caso los que eran considerados de “izquierda”. Para poner otro ejemplo, y así traer la discusión a la época actual, resultan útiles las palabras de García (s.f):

El exilio ya no puede ser lo que fue porque no estamos bajo dictaduras, pero sí en medio de gestiones políticas, empresariales y acuerdos de seguridad autoritarios, que dan poco espacio al intercambio cultural y al trabajo académico sobre los dramas actuales (párr. 15).

El exiliado es un *homo sacer* que convierte su vida en una nuda vida debido al bando soberano, además, está expuesto ante la totalidad de la ley⁴; que debe enfrentar desde su abandono, pues cualquiera le puede dar muerte sin cometer homicidio. Abandonado y apresado a la vez, las líneas del dispositivo de exilio lo enredan en una paradoja: ni fuera ni dentro de la ley, ni afuera ni adentro del territorio al que cree o creía pertenecer, lo que más

⁴ Para una explicación más amplia de esta comparecencia ante la totalidad de la ley, son apropiadas las palabras de Jean-Luc Nancy, citado por Agamben (2010): “El abandono no constituye una situación de comparecencia bajo una u otra imputación legal. Es una obligación de comparecer absolutamente ante la ley, ante la ley como tal en su totalidad. Del mismo modo, el ser puesto en bando no significa quedar sometido a una determinada disposición de la ley, sino quedar expuesto a la ley en su totalidad. Entregado a lo absoluto de la ley, el *banido* queda asimismo abandonado fuera de cualquier jurisdicción” (p. 80). [Negrita en el original]

adelante se definirá como un estado contrapuntístico en términos de Said (2005). Esta paradoja acompaña y define al exiliado en su huida: “Lo que ha sido puesto en bando es entregado a la propia separación y, al mismo tiempo, consignado a la merced de quien lo abandona, excluido e incluido, apartado y apresado a la vez” (Agamben, 2010, p. 142). En esta contradicción, el sujeto de exilio está marcado por una fuga constante, huye del poder soberano, se encuentra en una continua búsqueda por proteger esa vida que le han convertido en nuda vida, está sometido a las peripecias de dichos viajes a no encontrar recibimiento en otros lugares y se ve obligado a dejar los espacios conocidos que habitaba. Ya que cualquiera puede matarle sin cometer homicidio, su vida queda despojada de los derechos de ciudadano por los que antes estaba protegido. La única salida que encuentra para poner a salvo ese reducto de vida que le han dejado, la nuda vida, consiste en una fuga perpetua o en buscar, aunque no siempre logre hallar, refugio en un país extranjero (Agamben, 2010, p. 233).

A partir de esta huida y desconexión con la tierra de origen, puede abrirse paso en la reflexión a las consideraciones de Said (2005), quien da puntos clave para comprender los procesos de subjetivación del exilio. Define el exilio como una grieta, una ruptura, entre un ser humano y su lugar natal; hace énfasis en que este hecho es imposible de cicatrizar. Esto explica esa fuga perpetua a la que se ve obligado, aun encuentre un lugar de refugio. Cada paso que da en ese nuevo territorio es para huir de su lugar de origen, a la vez que un intento (frustrado desde su nacimiento) de volver; un paso adelante es al tiempo, un retroceso al pasado para sanar una herida que no cicatriza.

Al definir el exilio como desligadura entre el sujeto y su lugar de origen, Said (2005) lo opone al nacionalismo, que entiende como una cuestión de identidad, en la que el sujeto afirma su pertenencia (y en este sentido conexión, ligadura) a un territorio, un pueblo, un legado histórico y cultural. Esta oposición entre el exilio y el nacionalismo revela otras dos características del dispositivo exilio: la experiencia del exiliado está marcada por la soledad y por un estado discontinuo del ser. Primero, en tanto experiencia solitaria, el exilio se opone a la dinámica de grupo propia de los nacionalismos. Quienes siguen siendo ciudadanos y conservan su lugar dentro de la comunidad nacional (ya sea al residir o no en el lugar de origen), cuentan con la comodidad de estar vinculados a los otros, viven sus experiencias con semejantes que comparten tradiciones culturales, lingüísticas e histó-

ricas. Por su parte, el exilio está signado por un fuerte sentido de soledad y aislamiento, no se puede estar con los semejantes y mucho menos, compartir la vida con el grupo al que se cree pertenecer. Esto a su vez desarrolla en el exiliado una aguda conciencia de lo que no se tiene, de lo que se ha perdido o ya no puede compartirse más: “las privaciones sentidas por no estar con los demás en el lugar común en que se vive” (Said, 2005, p. 183). El sujeto de exilio sufre al no poder conversar en el lenguaje que siempre ha usado, no reconoce las calles por las que transita, no encuentra su casa, sus amigos, su familia, y no sabe en algunos casos, qué tan cercano está el riesgo de ser deportado, entre otras experiencias.

Segundo, mientras el nacionalismo implica para el sujeto un estado de continuidad, de estar vinculado con cierta seguridad a toda una comunidad con la cual comparte no solamente un espacio que habitar sino costumbres y modos de vida, el exilio “es fundamentalmente un estado discontinuo del ser. Los exiliados están apartados de sus raíces, su tierra, su pasado” (Said, 2005, p. 184). Por ende, el dispositivo de exilio construye un sujeto que, lejos de constituirse como una línea recta que transita por calles conocidas del trabajo a la casa y viceversa, vive con la tranquilidad de un territorio que siente como suyo, y con un pasaporte cuyos sellos marcan viajes de turismo y no huidas en las que está en juego su vida. Es una línea segmentada, cada paso que da, fragmenta su vínculo con unas raíces que creía tan suyas. Huye por distintos lugares a los que no se siente vinculado, mientras recuerda los suyos y defiende ese reducto de vida que le han dejado, la nuda vida. Esta discontinuidad implica que el sujeto esté aquí y allí al mismo tiempo, tiene que vivir y recordar. Tiene una identidad tanto cuestionada como fragmentada, entre su lugar de origen y el que habita temporalmente, sometido a un estar siempre fuera de lugar (Said, 2005, p. 188).

Esta particular división entre un allá y un aquí, un sujeto que se divide constantemente entre una vivencia y un recuerdo, que será abordada en las novelas de Armando Romero, es lo que Said denomina conciencia contrapuntística. Mientras la mayoría de las personas, seres continuos ligados a su lugar de origen, “tiene conciencia principalmente de una cultura, un escenario, un hogar; los exiliados son conscientes de al menos dos, y esta pluralidad de miradas da pie a cierta conciencia de que hay dimensiones simultáneas, una conciencia que [...] es *contrapuntística*” (Said, 2005, p.

194). En palabras de Sánchez (2011), “dos realidades que se enfrentan a un mismo tiempo” (p. 245).

El sujeto de exilio es consciente de ese contraste que se da entre cosas que se producen simultáneamente, ya sea en términos espaciales, temporales o lingüísticos. Mientras camina por las calles de una ciudad extranjera, las avenidas de su lugar de origen existen al mismo tiempo, se suceden en él, se contrastan con las calles por las que su cuerpo camina. En muchos casos las diferencias horarias implican la convivencia de dos tiempos en el exiliado: la hora de allá y la hora de aquí al mismo tiempo, y la dificultad para acostumbrarse a climas extraños, ya sea por ir de un extremo a otro (del frío al calor, o viceversa) o porque en su país de origen no hay estaciones. El exiliado habla un idioma que no es el suyo para hacerse entender, mientras encuentra su correlativo en el idioma de origen, intenta expresar cosas que solo es capaz de decir en un idioma que casi nadie, o casi nadie, puede entenderle allí. Said (2005) dice al respecto:

Para un exiliado, los hábitos de vida, expresión o actividad del nuevo entorno se producen inevitablemente enfrentados a la memoria de dichos hábitos en otro entorno. Así, tanto el nuevo como el viejo entorno son vívidos, reales, y suceden juntos de forma contrapuntística (p. 194).

En esta tarea de delinear el proceso de subjetivación del exilio, resulta esclarecedor diferenciar dicho sujeto de otras categorías que suelen asociarse a él, pero que llevan connotaciones distintas, como lo son los refugiados, expatriados y emigrados. Luego se apunta la distinción que hace Sennett (2014) entre expatriado e inmigrante, quien reúne las categorías bajo el hecho de ser extranjero. Según Said (2005), la categoría de refugiado implica una vivencia más de grupo. Los refugiados son masas que requieren ayuda internacional, mientras el exilio tiene una connotación de soledad y espiritualidad (p. 188). En lo que se refiere a los expatriados, son sujetos que por voluntad propia viven en un país extraño, ya sea por razones personales o sociales. Esto hace que los expatriados no tengan la zozobra de huir que tiene el exiliado, quien no decide serlo, sino que se ve obligado a ello por la puesta en bando del poder soberano. En esta misma línea, los emigrados son aquellos que van a un nuevo país y experimentan tanto la soledad, como el extrañamiento del exiliado, pero nunca las prescripciones a las que se ve sometido.

Para Sennett (2014), “Ser extranjero es vivir a disgusto fuera del propio país” (p. 68). Al estar afuera, el inmigrante siente el choque cultural y se aferra a su propia identidad. El expatriado anhela un pronto regreso, y el exiliado “hiberna con indiferencia en una ciudad que apenas lo roza” (p. 68). En la categorización que hacen Said (2005) y Sennett (2014), ambos coinciden en que el exiliado vive fuera de su propio lugar y que lo hace a disgusto. Pero difieren en la manera de describir cómo el exiliado se relaciona con ese nuevo lugar que habita, pues para Sennett (2014) implica una indiferencia y un contacto muy leve con lo nuevo, pero para Said (2005), se trata más de una vivencia simultánea en que el exiliado mezcla su experiencia presente con el recuerdo.

A partir de la mención que hace Sennett de “ser extranjero”, resulta útil agregar otra línea a la construcción del dispositivo de exilio, el cual entraña no solamente una cuestión de territorio sino una existencial; ser extranjero (o exiliado) en el propio lugar de origen. En este sentido, el sentirse extranjero⁵ implica un extrañamiento del sujeto con respecto a sí mismo. Por esta vía, el dispositivo exilio alarga sus líneas hacia otros territorios y otros sujetos (no solamente los exiliados) y se inmiscuye por las raíces más profundas de los seres humanos, los pone a todos como seres que alguna vez, o durante gran parte de su existencia, habitan su vida como si fuese una tierra extraña, que no les pertenece. Severo Sarduy (2000), en un texto que lleva el dicente título de “Exiliado de sí mismo”, aborda este punto de la discusión y se opone al exilio geográfico, tal como se lo ha discutido durante el trabajo, a un “verdadero exilio”:

Y, después de todo, el exilio geográfico, físico, ¿no será un espejismo? El verdadero exilio, ¿no será algo que está en nosotros desde siempre, desde la infancia, como una parte de nuestro ser que permanece oscura y de la que nos alejamos progresivamente, algo que en nosotros mismos es esa tierra que hay que dejar? (p. 56).

Desde la concepción del exilio como algo existencial y no meramente territorial, se abre un interrogante para saber si el sujeto puede en algún momento

⁵ El tema de ser o sentirse extranjero ha estado presente en la literatura, como da cuenta el caso de *El extranjero* (Camus, 2012).

encontrar un lugar donde no se sienta exiliado o si está condenado a vagar a perpetuidad, al huir de sí mismo y buscarse, sin hallarse. Por ende, y de acuerdo con Sennett (2014), el hogar pasa de ser un lugar físico a constituirse como una “necesidad desplazable” (p. 115). Sin importar dónde se halle el sujeto, el hogar estará siempre en otro lugar. Preguntarse cómo construir ese hogar y cómo el sujeto de exilio constituye su hogar en otro lugar que no es el suyo, permite hacer una transición en la discusión, desde el dispositivo de exilio hacia el contra-dispositivo, que se entiende como un ejercicio de resistencia que restituye aquello que ha sido arrebatado por el poder (Ruiz, 2014).

Contra-dispositivo de exilio

En este punto de la discusión, es oportuno volver a los procesos de subjetivación desde Foucault, y denominar el segundo movimiento, según el cual los sujetos resisten al poder, como contra-dispositivo. Por eso, luego de ver cómo opera el dispositivo de exilio, se construye el sujeto de exilio en tanto *homo sacer*, que vive en dimensiones simultáneas, construye una conciencia contrapuntística y está obligado a huir de su territorio debido a que ha sido puesto en bando, fue abandonado y apresado. Es necesario ver cómo resisten los sujetos a dicho proceso, cómo se constituyen ellos mismos como sujetos de exilio tanto al resistir como al deformar las diversas líneas y fuerzas de la red de saber/poder que los apresa y los constituye.

Desde los planteamientos teóricos que han sido abordados para delinear el dispositivo de exilio y comprender su funcionamiento, Foucault y Deleuze también ofrecen elaboraciones teóricas respecto a las formas de resistencia. Retoman las dos dinámicas que implica la subjetivación política, tal y como se entiende desde Foucault (citado en Tassin, 2012, p. 41), es pertinente recordar uno de los planteamientos que se desprende de sus estudios, a saber, que no existe sujeto alguno que no se encuentre sometido a las redes de saber/poder, es decir, no hay sujeto que no esté atravesado y definido por uno o varios dispositivos de poder. Esta imposibilidad tiene su contraparte en que tampoco existe sujeto que, atravesado por dichas redes, no se oponga a ellas, desde formas de vida y/o de arte, constituyéndose y “subjetivándose por oposición a los poderes que intentan configurarlo, disciplinarlo, normalizarlo” (Tassin, 2012, p. 41).

Por esta línea, Deleuze (1990) explica la noción de dispositivo al tiempo que esboza que tal conjunto multilíneal tiene en sí mismo la semilla de sus formas de resistencia, y por tanto el contra-dispositivo se halla inscrito virtualmente⁶ en el dispositivo, en este hay que diferenciar sus líneas de sedimentación, de las de creatividad o actualización. Las primeras constituyen la forma en que el dispositivo construye un tipo de sujeto atrapado entre sus redes, neutralizado por y sometido a las disposiciones de poder que dominan su vida. Las segundas son las formas mediante las que el sujeto busca escaparse de dichas disposiciones, oponerse a ellas por vías que el mismo dispositivo deja insinuadas. Por ende, todo dispositivo marca dentro de sus redes la capacidad creativa de fracturarse, ya sea en provecho de un dispositivo que aprese con menos fuerza al sujeto, o de otro dispositivo que no sea una fuerza extrínseca que delimita y somete al sujeto, sino mediante el cual se define a sí mismo, y en esta medida, un contra-dispositivo. Deleuze (1990) enmarca este proceso con el rótulo de líneas de subjetivación, las que deben trazarse en el campo que el dispositivo lo permita o lo impulse, “hasta una línea de fuga” (p. 157). Por eso:

En la medida en que se escapan de las dimensiones de saber y de poder, las líneas de subjetivación parecen especialmente capaces de trazar caminos de creación que no cesan de abortar, pero tampoco de ser reanudados, modificados, hasta llegar a la ruptura del antiguo dispositivo. (p. 159)

Apresado entre las redes del exilio, el sujeto tiene herramientas y formas de vida que le permiten resistir y destruir creativamente dicho dispositivo, lo que será abordado luego de ver dos planteamientos que propone Agamben (2010) para resistir y salir de la nuda vida y de la paradoja del poder soberano. En la medida en que el sujeto de exilio lleva consigo la marca de un *homo sacer* que ha sido puesto en bando por el poder soberano y, por ende, abandonado ante la ley en su totalidad, existe una manera de salir de dicho abandono. El camino consiste en pensar el *homo sacer* más allá de toda idea de ley, porque cualquier ley lleva inscrita la nuda vida del *homo sacer* mediante una exclusión inclusiva. Se supera la idea que toda ley puede salirse de la paradoja de la soberanía “hacia una política liberada de cualquier bando” (Agamben, 2010, p. 80). El segundo planteamiento, que

⁶ Para ampliar la forma en que se usa el término “virtual”, ver Lévy (1999).

se complementa con este, consiste en la posibilidad que abre la democracia moderna de resistir desde la misma nuda vida, que, a su vez transforma “en una forma de vida y de encontrar, por así decirlo, el *bíos* de la *zōē*” (Agamben, 2010, p. 19). En esta medida, configura la posibilidad que tienen los sujetos de liberarse desde el mismo lugar de su servidumbre, la nuda vida. Esta aporía es la misma que se explicó anteriormente en los planteamientos de Deleuze: la resistencia al dispositivo se encuentra inscrita en el mismo dispositivo que somete, construye y delimita al sujeto.

Con la forma de una aporía similar, la conciencia contrapuntística del exiliado, que se explicó anteriormente al abordar las “Reflexiones sobre el exilio” (Said, 2005), constituye a su vez una servidumbre y una liberación. El hecho de tener una conciencia simultánea de –al menos dos lugares, culturas y costumbres distintas, resulta para el exiliado algo agobiante, pues la vivencia del lugar que lo recibe, se enfrenta con el recuerdo del territorio que tuvo que abandonar. Pero al tiempo significa cierta riqueza, ya que le permite experimentar otras formas de vida, vivenciar la simultaneidad de tiempos y espacios que muchos no pueden, construir su subjetividad con una conciencia más aguda en tanto que al estar lejos se cuestiona qué significa *ser*, en general, y ser de algún lugar en particular: “Los exiliados cruzan fronteras, rompen barreras de pensamiento y de experiencia” (Said, 2005, p. 193). Empero, no pueden perderse de vista las prescripciones, privaciones y limitaciones a las que se encuentra sometido este sujeto, por lo cual “El exilio a veces es mejor que quedarse o no partir, pero solo a veces” (Said, 2005, p. 185).

Al enfrentarse con ese nuevo mundo o ciudad donde se siente extranjero y al estar marcado por la subjetividad de exilio en la que deviene, el sujeto busca una manera de “suavizar sus entornos” (Said, 2005, p. 190), de transformar lo que la nueva forma de vida le ofrece en algo más ameno. Por esta vía, dos de las características que antes fueron mencionadas en el dispositivo de exilio, son usadas también para resistir, a saber, la soledad y el estado discontinuo del ser. El exiliado hace de su soledad un refugio y un baluarte, puesto que este alejamiento le permite constituirse como sujeto, dedicarse tiempo, conocer nuevos espacios, experimentar nuevas costumbres. En la soledad, lejos del ajetreo de un poder soberano que lo hizo huir, el exiliado le da un sentido a su vida. Desde este aislamiento y la discontinuidad a la que se encuentra sometido por haber sido separado de sus raíces, el sujeto de exilio enfrenta la “necesidad de reconstruir una identidad partiendo de

las distorsiones y discontinuidades del exilio” (Said, 2005, p. 185). Toma sus líneas segmentadas y les va dando una significación, intenta producirse a sí mismo en el aislamiento. De alguna manera, ese sujeto que huye se ve forzado “a buscar sentido a su vida en el hecho mismo del desplazamiento, en su condición de extranjero” (Sennett, 2014, p. 79).

Otro de los mecanismos de resistencia reside en la escritura, es el único hogar que nos queda según Adorno (2004). El exiliado tiene en sus manos una herramienta que le permite convertir su estado discontinuo en palabras, transformar su condición de sujeto exiliado en un lugar desde donde mirar el mundo, vaciarlo en palabras. Lejos de su territorio, la escritura se convierte en una forma de volver a él sin volver, convertir su memoria en poesía, transformar sus recuerdos en ficción y habitar tal territorio ficticio al tiempo que recorre las calles de esa ciudad que no es la suya. La escritura, en tanto contra-dispositivo, le permite al exiliado construirse a sí mismo, al tiempo que construye una obra mediante la cual cuestiona el hecho de ser extranjero o de pertenecer a una cultura. Así, la escritura se constituye como una línea de subjetivación que le permite “manejar creativamente la propia condición de desplazado, tratar los materiales de identidad de la misma manera en que un artista trata los objetos inertes que constituyen el tema de su pintura. Uno tiene que hacerse a sí mismo” (Sennett, 2014, p. 93).

En definitiva, abordar distintas categorías en el campo de la biopolítica y hacer conexiones entre varios autores, ha permitido dibujar las líneas que componen el dispositivo exilio, y por esta vía identificar los procesos de subjetivación que produce y a cuáles resisten, es decir, cómo se construye el sujeto de exilio, y cómo se constituye a sí mismo al resistir a las redes de saber-poder que lo apresan y lo definen. El dispositivo de exilio convierte la vida del exiliado en una nuda vida (insacrificable a la que cualquiera puede dar muerte impunemente) y lo obliga a huir de su lugar de origen. Esta huida hacia otro lugar lo define como alguien que está fragmentado y que vive en un nuevo lugar, mientras que enfrenta la memoria del antiguo. Desde allí, el sujeto de exilio se define y resiste a partir de la vivencia de la soledad y el estado discontinuo de su ser, que está aquí y allá al mismo tiempo. La simultaneidad lo moldea como alguien que tiene una vivencia y una conciencia contrapuntísticas. Todas estas líneas del exilio marcan procesos de subjetivación que construyen sujetos de exilio y llevan inscritas las líneas de subjetivación a partir de las que el sujeto resiste al poder. Describir y es-

tudiar este dispositivo, abre dentro de la biopolítica un campo de investigación de la condición del sujeto de exilio, que permita comprender cómo se define por las redes de saber/poder, cómo se define y se constituye a sí mismo, resiste a dichas redes. En el siguiente capítulo, se contrastan estas líneas biopolíticas con el discurso literario, al tiempo que se obtienen del recurso literario elementos de reflexión que posibilitan una comprensión más amplia del dispositivo de exilio y de sus procesos de subjetivación anudados.

Dispositivo de exilio y procesos de subjetivación en dos novelas de Armando Romero

Luego de hacer un recorrido por los elementos que, desde la biopolítica, permiten construir la categoría de dispositivo de exilio, el analizar los procesos de subjetivación que producen el sujeto de exilio y los mecanismos que tiene para resistir, este capítulo lleva la discusión al plano de dos obras literarias desde una perspectiva biopolítica, e identifica los aportes que hace el recurso literario a esta rama de las Ciencias Políticas. Las novelas del autor colombiano Armando Romero que se analizan son las dos partes de un ciclo, que incluye, *Un día entre las cruces* (2003), *La rueda de Chicago* (2004), y con *La piel por la piel* (1997). Se eligieron las dos primeras porque aportan más puntos a la discusión, donde puede evidenciarse con más claridad la grieta que divide al sujeto de exilio y la conciencia contrapuntística que se produce en su proceso de subjetivación.

La primera novela, *Un día entre las cruces* (Romero, 2003), cuenta las vivencias del sujeto Elipsio en su lugar de origen Cali, cómo recorre las calles que conoce desde su infancia y se reconoce en ellas. Más adelante, las estructuras de poder de la ciudad lo persiguen y convierten su vida en nuda vida, hasta el punto de obligarlo a huir. En la última parte del texto, Elipsio huye de su lugar natal. En la segunda novela que se analiza, *La rueda de Chicago* (Romero, 2004), Elipsio llega al extranjero y comienza la búsqueda de Lamia, quien fue su amor en Cali y desapareció luego de que los metieran a la cárcel a ambos. En su labor de encontrarla, vive en una ciudad que no es la suya y el dispositivo de exilio extiende sus redes y lo atrapa, lo convierte en un ilegal, un sujeto de exilio que se fragmenta entre la vivencia de su nuevo

lugar (Chicago) y el recuerdo del antiguo (Cali); realidades que se enfrentan en su subjetividad de manera contrapuntística.

Un día entre las cruces

La primera novela comienza con una prolepsis que anuncia desde muy temprano el movimiento de huida de Elipso: “Terminaría en el mar, y allí, yéndose, diluido, transubstanciado” (Romero, 2003, p. 11). Estas primeras palabras configuran uno de los elementos que aparece durante toda la novela y constituye otra línea del dispositivo de exilio: el mar como lugar de transición entre los dos lugares del exiliado, signado por el cambio o la transformación del sujeto. Funciona como un enlace entre las dos realidades simultáneas que se enfrentan en el sujeto de exilio.

La huida de Elipso, que se anuncia desde el inicio y con la que termina la novela, es otra de las líneas de subjetivación trazadas por el dispositivo de exilio, ya que se trata de una huida forzada por el poder soberano o que fue buscada por el mismo sujeto; ambas dimensiones implicadas en el personaje literario. El proceso de subjetivación en que Elipso se constituye a sí mismo al escapar, se manifiesta en las siguientes líneas: “el claro y antiguo deseo de abandonar Cali” (Romero, 2003, p. 45) o “se iba, se fue yendo desde tiempo atrás” (p. 54). Y el proceso de huida como imposición desde las redes de poder en estas otras: “Elipso decidió que era hora de irse” (Romero, 2003, p. 107), y “no quedaba otro camino. La puerta estrecha. El huir” (Romero, 2003, p. 108). Además, a partir del recurso literario, se desentraña otra de las líneas del dispositivo de exilio: las ganas de irse acompañadas de un deseo de no volver, ya sea porque el país no se lo permite por cuestiones de seguridad, por no querer, o por ambas: “No. No volvería [...] Cerraría los ojos y las puertas y ya no habría más” (Romero, 2003, p. 57). Más adelante, para terminar la reflexión en torno a la primera novela, se volverá sobre esta huida del personaje, que marca la conexión entre las dos obras, entre el allá y el aquí; se tomará esta huida como parte del proceso de subjetivación, incluso como fracción del contra-dispositivo.

Entre la prolepsis con que inicia la novela y la huida del final, se abre un intermedio en que se constituye el personaje de exilio a partir de su persecución en el lugar de origen, desde donde se va gestando la grieta entre

el ser humano y su lugar natal, la cual define el exilio, según Said (2005). Esta persecución convierte su vida en una nuda vida, propia del *homo sacer*, tal como se explicó en la primera parte del trabajo. Antes de estudiar esta transformación de la vida de Elipsio en nuda vida, hay que apuntar una relación que hace el autor entre la juventud y la infancia del personaje. Aunque la novela se centra en la primera, el estado de zozobra que vive allí, encuentra un antecedente paralelo en la segunda. En el primer capítulo se cuenta cómo sus primeros años estuvieron marcados por la violencia partidista que vivió el país, reforzada desde 1948 y marcada por el enfrentamiento entre los bandos liberales y conservadores. La hostilidad de Cali, y por extensión de Colombia, que hace al sujeto de exilio huir en sus años de juventud, se remontan a su niñez. Con tono pesimista, Romero (2003) escribe: “Pero la guerra continúa. Nunca se acaba la guerra. Es eterna” (p. 16), y además carga la subjetividad de los colombianos como un peso a sus espaldas: “¿Por qué no les quitaban este país de encima?” (p. 63).

En lo que se refiere a la juventud de Elipsio, en dichos años decidió relacionarse con un grupo denominado los “camisa-roja”, cuyo carácter se mueve en una zona de indistinción entre lo político y lo literario. Por este motivo, los integrantes circulan en un submundo clandestino. Algunos de ellos, como Elipsio, son perseguidos sin que se sepa muy bien por qué, ya que su accionar político y camino en el ámbito literario parece no poner en riesgo a nadie; pero el poder soberano se ensaña en perseguirlos como un riesgo político. Elipsio se entera de que “la policía secreta, peligrosamente paramilitar, tenía una orden de captura contra él y que habían pasado voz y foto por los ojos de sus gentes a fin de aclarar y endulzar su búsqueda” (Romero, 2003, p. 45). Desde allí comienza a devenir nuda vida, se ve obligado a huir de sus propias calles, a esconderse en su ciudad; el dispositivo de exilio se acciona, “¿El presidente expulsando gente del país?” (Romero, 2003, p. 68). Elipsio no comprende muy bien qué crimen ha cometido o por qué se le persigue, pero tampoco tiene a quién preguntarle, lo que materializa su existencia como nuda vida: abandonado por la ley, mientras que enfrenta a su totalidad sin rostro, a la vez que apresado por “lo arbitrario y peligroso de las terribles medidas de seguridad” (Romero, 2003, p. 97).

El poder soberano usa los mecanismos de poder que tiene, en particular su decisión sobre el estado de excepción, y revela, al tiempo que produce, esa nuda vida que estaba excluida de la ciudad por medio de su inclusión en el

bando soberano. Esto transforma la tensa calma en una zozobra cada vez más real y amenazante, que intenta atrapar a Elipsio y desaparecerlo, una “persecución metódica y cautelosa, de ojos en los rostros de todos los días: en el portero, en el embolador, en el empleado de oficina, en el dentista” (Romero, 2003, p. 45). El personaje cae dos veces en la cárcel, la primera es una confusión, en que su incipiente carácter de *homo sacer* se confunde con los otros *homo sacer* que produce la ciudad. En vez de llevarlo a la Quinta Brigada, donde estaban los que atentaban contra la seguridad nacional, lo que parecía ser su caso, lo llevaron a “la vulgar cárcel de la carrera primera abajo, allí donde paraban los vagabundos, los rateros, los jaladores, los maricas, los cuchilleros, los marihuaneros, en fin, todos los verdaderos condenados de la tierra” (Romero, 2003, p. 59).

La primera entrada en la cárcel, de la que logra escaparse antes de que lo identifiquen como un peligroso “camisa-roja” que está en la lista de búsqueda de los organismos paramilitares, hace que su habitar en Cali sea mucho más peligroso. Esto produce su decisión de recluirse “para siempre luego de haber sentido de cerca el arrullo de la muerte de manos de un grupo paramilitar” (Romero, 2003, p. 69), que pueden acabar con su nuda vida impunemente. Esta vez busca refugio en el apartamento de su novia Lamia, y piensa cada vez más en su huida del país. La ciudad se cierra sobre Elipsio, lo convierte en un preso aunque no esté en la cárcel, lo atrapa en un apartamento que se convierte en prisión. Y nuevamente la zozobra de su infancia en Cali, particularmente ese día violento en que su padre no volvió, se mezcla con la agitación de su juventud:

Quando ella [Lamia] dijo “Ahora no vas a salir de aquí” [...] todos los recuerdos le cayeron a Elipsio en la cabeza como una pedrada a la salida del colegio. Allí estaba su madre gritando: “Hoy no sale nadie” tantas veces aquel día de los muertos (p. 102).

La ciudad se vuelve mucho más peligrosa, y las garras del poder (que se afilan más en sus organismos secretos y paralelos) están cada vez más cerca de su cuello. Mientras están en el apartamento de Lamia, los militares saquean el edificio del frente y pronuncian su nombre: una equivocación que contiene la certeza de que ya saben dónde está. Su lugar de origen se vuelve nuevamente hostil y violento; o nunca ha dejado de serlo, la paz y la calma

que habían vivido, eran “pura fantasía” (Romero, 2003, p. 95). Esta verdad se revela cuando entran al apartamento y lo atrapa junto con Lamia, sin que tengan tiempo de huir. Tal como se verá a continuación, su existencia, o más bien no-existencia, en la cárcel, sella su carácter de *homo sacer*, revela su nuda vida como último reducto, zona de confusión entre *zōē* y *bios*.

La segunda vez que entra en la cárcel, Elipso se enfrenta con el poder soberano que lo ha estado persiguiendo, pero lo hace justamente desde esa nuda vida insacrificable y a la que cualquiera puede dar muerte sin cometer homicidio (Agamben, 2010, p. 18). Lo que significa que su vida se transforma en una nuda vida y su existencia en una no-existencia. Allí es un desaparecido, no un preso con número de identificación o nombre. El dispositivo de exilio, en forma de bando soberano que persigue a unos jóvenes rebeldes y los pone en bando, lo configura como un *homo sacer*, lo expulsa de la ciudad aunque siga estando en ella, lo confina en una cárcel y no le da siquiera el “privilegio” de enredar su subjetividad en “ser un preso”, sino que abandona y apresaa su nuda vida en el limbo de los desaparecidos:

Todo lo que pueda hacer de ahora en adelante no importa porque no existo. He dejado de existir, de ser. Al menos la otra gente de la cárcel era un número. Elkin Echavarría, número 85234. Pero él no. Ni número, ni nada, ni expediente, ni sumario, ni juicio, ni visitas, ni cartas, ni nombre, ni papeles, ni fotos, ni dinero: desaparecido.

–Usted no existe –le dijo el general Medrano–, y de aquí no sale, nunca, mientras yo esté vivo (Romero, 2003, p. 113).

A pesar del empeño del poder soberano de reducirlo a una nuda vida desprovista de significado, de desaparecerlo en una cárcel donde no tiene nombre ni número, Elipso busca resistir a las redes de poder que lo apresan en su no-existencia; y en tanto *homo sacer* que resiste al poder soberano desde su nuda vida, materializa el esfuerzo que en la primera parte del trabajo se identificó en las palabras de Agamben (2010): transformar la nuda vida en una forma de vida y encontrar “el *bíos* de la *zōē*” (p. 19). En la huida, primero de la cárcel y luego del país, Elipso busca esta transformación, esa línea de fuga o de subjetivación que le permite el dispositivo para salir (Deleuze, 1990, p. 157). Lo rompe y se constituye a sí mismo como sujeto.

Primero, en la huida de la cárcel, la línea cobra materialidad espacial en el túnel por el que huyen él y otros presos: “internándolo más hacia el afuera, y era que la ley y el desprenderse de códigos y ordenanzas que la componían, se resquebrajaba a cada picotazo” (Romero, 2003, p. 143). El dispositivo, con sus cárceles y su producción de sujetos desaparecidos, con sus disposiciones legales y para-legales, se quiebra con cada martillazo que dan los presos resistiendo a él, saliendo de él. Segundo, en su posterior huida del país, que marca su producción como sujeto de exilio, tanto de un poder que lo constituye como de él mismo, se define así, “él espera que el tren se vaya, se mueva un poco, ponga al fin distancia entre los extremos de la imagen, abra el paréntesis” (Romero, 2003, p. 134). Este paréntesis que se abre es el mar, lugar de transición que marca la grieta entre Elipsio y su ciudad, sujeto apresado en el dispositivo de exilio al tiempo que intenta fugarse de él; resiste desde su nuda vida. Esto marca la producción de una vivencia contrapuntística, tal como lo describe Said (2005), no solo después de que el exiliado se va, sino desde antes (p. 194); no desde el nuevo entorno al que se enfrenta sino desde el lugar de origen que abandona.

En definitiva, y como punto de transición entre las dos novelas, se hace una lectura de Said para desprender un punto de reflexión que no se encuentra dentro de sus planteamientos: la conciencia contrapuntística que forja el sujeto en su exilio, encuentra un reflejo anterior en la vivencia contrapuntística de cuando apenas está huyendo de su lugar de origen, tal como sucede con el personaje literario Elipsio. Le sobrevino “un remolino sentimental que lo empujó a querer ver, antes de partir, las viejas calles abarrotadas y corruptas de sus barrios de infancia: San Nicolás y Jesús Obrero” (Romero, 2003, p. 45), para darse cuenta “que al buscar esas calles tan conocidas anhelaba algo que ya no existía. Todo estaba desprovisto de sentido: él era un extranjero, un ser distante” (Romero, 2003, p. 57). Se da el contrapunto y el sentirse extranjero desde antes de partir, no solamente cuando ha cruzado la frontera y vive en la nueva ciudad.

El sujeto de exilio, que vive unas calles que no son las suyas y extraña las viejas que recorría, experimenta dos realidades que se enfrentan simultáneamente, quiere regresar a su territorio sin conseguirlo, encuentra su paralelo en un sujeto (él mismo) que vive una situación similar pero inversa (y anterior): al estar en su lugar de origen se siente expulsado, busca calles y realidades que desde ya comienzan a desaparecer, en las que no se reconoce. No

es un sujeto que desde allá extraña el aquí, sino que aquí comienza a sentirse en un posible allá. Esta particular vivencia se lee como una línea del exilio, que, en términos existenciales y no meramente territoriales, corresponden a sentirse extranjero en el lugar de origen⁷, ser un “exiliado de sí mismo” (Sardui, 2000, p. 82). De ahí que el hogar sea una “necesidad desplazable” (Sennett, 2014, p. 115) y que, como le dice uno de los compañeros de la cárcel a Elipsis: “la verdad uno no vive en ninguna parte” (Romero, 2003, p. 130).

Para concluir el análisis de *Un día entre las cruces*, es útil detener la mirada en uno de los rasgos que caracteriza su huida, en particular su último movimiento por aquella línea de fuga, y luego dibujar otra de las líneas de subjetivación del exilio, en que el sujeto se lleva un pedazo de su ciudad. Mientras espera en el tren que lo va a sacar del país, ocurre un terremoto que trastorna la ciudad, una grieta exterior que materializa la división interior que se cierne sobre Elipsis como sujeto de exilio. Se convierte en una liberación, pues destruye las cruces que lo encierran en la ciudad: “Las cruces habían desaparecido. Nada quedaba de esos brazos abiertos, de ese símbolo de los encerramientos” (Romero, 2003, p. 155). El terremoto y la huida como liberaciones, marcan la vivencia del exilio como resistencia. Línea del dispositivo que intenta destruirlo al mismo tiempo, dispositivo y contra-dispositivo simultáneamente.

El elemento que permite pasar al análisis de la próxima novela es la manera en que los sujetos de exilio, mientras se están constituyendo como tal, al huir de un poder soberano que los persigue, intentan armar su maleta de viaje con pedazos de la ciudad que van a abandonar. Esta línea se enmarca dentro de la vivencia contrapuntística que vive el sujeto de exilio antes de cruzar la frontera:

Diáspora, presentía Elipsis, lo que se venía y cada uno de ellos haría lo posible por llevarse un pedazo de la ciudad si no podían llevársela entera: envalijar edificios, envolver calles y carreras, enmaletar palmera y árboles... irse con la ciudad o por lo menos con ese sueño de si ya no volver a tenerla debajo de la cama al menos tenerla al alcance de los dedos (p. 71).

⁷ Ver nota 5.

La rueda de Chicago

Como punto de inicio del análisis en *La rueda de Chicago*, el recurso literario otorga otra de las líneas que conforman el dispositivo de exilio y que se compaginan con el significado que tiene el mar en la otra novela. En este caso se trata de la línea que trazan las fronteras, funciona como bisagra entre un lugar y el otro. Después de cruzarlas, el sujeto de exilio es empujado con mayor determinación a ese estado contrapuntístico, y la frontera le recuerda ese paso que ha dado o que le hicieron dar, para ir de un lugar a otro, al huir y proteger su nuda vida. En este sentido, puede hablarse del mar de *Un día entre las cruces* como ese umbral que transforma al sujeto de exilio. Al transitar por allí deviene en otro, igual que la frontera materializa el devenir del sujeto en otro, ya que marca el paso de un estado hacia el siguiente: “Hay un cambio en el umbral, en la frontera; una línea clara separa siempre al que somos del que fuimos, el otro no es el mismo” (Romero, 2004, p. 192).

La frontera, que marca una transición espacial, separa los dos lugares que ahora se encuentran enfrentados en el exiliado: el de origen y el de llegada, un aquí y un allá, un allá desde donde se extraña el aquí que se dejó, un allá que intenta transformarse (a veces con éxito) en un aquí. En Elipsis se enfrentan simultáneamente Cali y Chicago, Colombia y Estados Unidos. En las siguientes líneas se analiza cómo habitan en él ambas ciudades, cómo las vive (ya sea como recuerdo o como experiencia), transforma a Cali en un recuerdo y convierte a Chicago en *homo sacer*, su ser se divide para constituir su conciencia contrapuntística.

Luego de cruzar el umbral, Cali y Colombia se transforman en recuerdos y habitan el territorio de la memoria (o del olvido). El sujeto de exilio se debate entre sentimientos contradictorios hacia ese, su lugar de origen, del que fue expulsado. Unas veces con el dolor de no poder volver, con la nostalgia de lo irrecuperable, y otras con la tranquilidad de alejarse de los peligros que lo hicieron huir. Como un ejemplo del último estado, dice Romero (2004) que Elipsis se halla “distante de ese teatro de la crueldad que es la vida diaria en Colombia” (p. 77). A partir de esta distancia, comienza a construir nuevas relaciones con su lugar de origen, al que ahora se encuentra (des)atado por una grieta. Este proceso de subjetivación marca un camino en que el exiliado “debe afrontar recuerdos de su país; tiene que desplazar, que deformar la memoria, a fin de no verse presa del pasado

y volver a sentir, reactivados, los agravios recibidos mucho tiempo antes” (Sennett, 2014, p. 114). Como se verá más adelante de forma breve, este proceso de deformar la memoria es uno de los caminos que tiene el sujeto de exilio para volver, sin regresar, a su lugar de origen.

En lo que respecta a la otra ciudad, desde muy temprano se establece la radicalidad de la diferencia, Chicago no es Cali, “aquí no hay tamales ni cuy a la brasa” (Romero, 2004, p. 55). A partir de breves diferencias, como la gastronomía, los horarios, los hábitos cotidianos, se deja entrever esa grieta que define al exiliado y la simultaneidad en la que vive. Por ejemplo, en contraposición al café que tenía en Cali, en Chicago hay “café malo, como siempre” (Romero, 2004, p. 87). El ruido del tren “EL” que pasa muy cerca del apartamento donde vive, hace traquear todo su hábitat, nunca puede acostumbrarse. O las dificultades de experimentar climas que nunca había conocido, como el invierno.

El proceso de subjetivación del exiliado conlleva la experiencia de un sujeto que se enfrenta a esa gran ciudad en su totalidad, drama de las proporciones donde él es apenas un pequeño punto frente a la inmensidad del paisaje urbano. Se siente pequeño, perdido en ese laberinto de calles que no comprende bien, por el que busca a Lamia, como si estuviera buscando algo de Colombia allá. Romero describe así este proceso en que la ciudad con su inmensidad vuelve pequeño al sujeto de exilio: “Inmensa, la ciudad negra y cruel lo empequeñecía” (Romero, 2004, p. 126).

Esto, sumado a la gran cantidad de inmigrantes que tiene y ha tenido la ciudad, de los que forman parte los exiliados, hace que para Chicago todos sean extranjeros (Romero, 2004, p. 200). El lugar al que llega el exiliado funciona como otro mecanismo más del dispositivo de exilio, que lo atrapa entre sus líneas, le hace saber y sentir su condición de sujeto de exilio, donde se involucran elementos como el sentirse extranjero o la producción de nuda vida. Dentro del análisis que se hace de Chicago, resulta importante hacer un énfasis en esta producción de nuda vida; Elipsio deviene en *homo sacer* también en Chicago, donde el poder soberano no deja de operar.

La búsqueda que realiza Elipsio en Chicago lo lleva a involucrarse con sectores del bajo mundo, que muchas veces operan en la ilegalidad, y a los que la ciudad considera como peligrosos y tiene el empeño de perseguir. Esta

persecución la operan los poderosos, que se difuminan en las redes de saber/poder que intentan apresar y definir al sujeto, en este caso al sujeto de exilio. Estas consideraciones foucaultianas se leen en las palabras de Romero (2004): “Pero nadie ve la rueda, invisible, está en el rostro de los poderosos, en la mesa de centro que gira y determina la vida de los otros, sin piedad” (p. 106). Esa es Chicago, con su maquinaria política, sus escuadrones de búsqueda, los policías corruptos que provocan incendios en los edificios de inmigrantes, destruyen impunemente la nuda vida de esos *homo sacer*. Para designar esta producción y destrucción de nuda vida, Romero (2004) dice que la ciudad “siempre tuvo su molino de carne cruda bien aceitado” (p. 175), para producir y destruir mendigos, pícaros, atracadores, prostitutas, drogadictos; distintas cualidades de *homo sacer* donde también se encuentra, o más bien desaparece en su calidad de nuda vida (zona de indistinción entre *zōé* y *bíos*), el sujeto de exilio. Se difumina entre los “rostros de inmigrantes recién venidos, ilegales probablemente, escurridizos, temerosos. Buen sitio para camuflarse, desaparecer” (Romero, 2004, p. 373), tal como desaparece Elipsio entre los otros *homo sacer* de la cárcel, en la primera novela.

Estas operaciones del poder soberano de la ciudad marcan otra de las líneas del dispositivo de exilio, que apresa y define al sujeto: el carácter de ilegalidad en su nueva ciudad. Elipsio con papeles falsos, camina por una ciudad que no reconoce, en la que siente además el miedo de ser deportado en cualquier momento por ese componente del dispositivo que es “la migra”, la policía de inmigración. La ciudad se cierra sobre sí, lo persigue, reduce su nuda vida a un movimiento de huida. Este es a la vez parte del dispositivo (el sujeto obligado a huir), como parte del contra-dispositivo (intento de resistencia del sujeto, que no encuentra otra salida que seguir huyendo). ¿Adónde más puede huir Elipsio, luego de haber huido de Colombia, cómo huir de ese movimiento de huida? Dice Romero (2004): “La huida, esa tentación perenne. El huir del huir del huir ¿Adónde iba ese meandro de meandros que ya no era camino sino laberinto?” (p. 258).

Luego de concentrarse en la producción de nuda vida en Chicago, se analizan otros aspectos de la vivencia del exiliado en la ciudad, como las dificultades del lenguaje y sus problemas para comunicarse. En la subjetividad no solo se enfrentan dos lugares distintos, sino dos lenguajes, en uno de los cuales no sabe defenderse muy bien y su incursión en la nueva cultura re-

sulta a veces problemática, “tratando de hacer inteligible su inglés gangoso y de acento fuerte” (Romero, 2004, p. 90).

Otro de los aspectos en esta vivencia consiste en las distintas reacciones que puede tener el sujeto de exilio en la nueva ciudad. Estas actitudes varían en una gama: sentirse cómodo allá, no soportarlo y regresar, no querer regresar, o no hallarse ni allá ni aquí. Por ejemplo, los familiares de Elipso, que habían emigrado a los Estados Unidos antes, “no pudieron resistir más esa mezcla de pudines y televisión en inglés y se regresaron a su ciudad nativa, Cali” (Romero, 2004, p. 19). Lamia, como otro sujeto de exilio, se identifica más con ese nuevo lugar y no quiere regresar: “Yo no quiero volver a América Latina. No me siento allá. A mí me gusta vivir aquí. Es la tierra de mi hija” (Romero, 2004, p. 409). En un punto de la novela, Elipso se siente por primera vez de allá, luego de que la nieve “lo plantara por fin en el mundo lejano donde estaba; la nieve lo alejaba del trópico y sus afanes, era ahora sí otro ámbito” (Romero, 2004, p. 221). Las próximas dos actitudes se acercan a la conciencia contrapuntística que se analiza con más detenimiento a continuación. Por un lado, la calidad de ser extranjero, de sentir un extrañamiento en cualquier lugar donde se encuentre, ser lejano y distante tanto en Chicago como en Cali, un ser doblemente agrietado: “La tristeza venía de saber que no volvería a ver las hormigas correlonas en el patio de esa casa en los recuerdos. Pero Chicago también estaba lejos esa mañana” (Romero, 2004, p. 75). Por el otro, llega un punto en que incluso las dos ciudades pueden mezclarse en la experiencia del exiliado, como dos fotos que se sobreponen: “y la ciudad que era Cali a la distancia ahora era Chicago” (Romero, 2004, p. 346).

Contrapunto y sujeto de exilio

En esta parte del análisis, se identifican otros de los elementos propios del sujeto de exilio, tal como se esbozaron en la primera parte del trabajo. Como se acaba de evidenciar en Elipso, su nuda vida se enfrenta a la Chicago por la que camina, y a la Cali que mantiene en sus recuerdos, cómo se enfrentan y se mezclan ambos espacios para formar una conciencia contrapuntística. Este elemento en el recurso literario se manifiesta en la comparación que hace Elipso del clima, por ejemplo, cuando habla de “nieve de la que no caía nunca en el trópico” (Romero, 2004, p. 258). Lo cual conlleva otra

reflexión, la nieve no está sola, sino que marca una ambientación distinta del lugar donde se encuentra: “La nieve es silencio. Mejor dicho, les mete silencio a las cosas [...] Agua silenciosa, cristal callado. El agua de su trópico era ruido, puro ruido” (Romero, 2004, p. 308). En Elipsis se mezclan de manera contrapuntística su vivencia de Chicago y su recuerdo del trópico colombiano; es un ser “partido en dos, cada mitad un ser que era él mismo” (Romero, 2004, p. 387), conviven dentro del exiliado dos formas de ser que se comunican, se repelen, y a veces se mezclan. De esta forma se leen las reflexiones biopolíticas del primer capítulo en el recurso literario.

La diferencia y el enfrentamiento entre estas dos mitades, entre un ser que habita en Chicago junto a otro que vive en el recuerdo de Cali, entre la nieve de allá que nunca cae aquí, también se materializa en la diferencia de costumbres y modos de vida, seguida por un intento de volver o experimentar algo de lo que ha dejado atrás, porque “Los latinoamericanos siempre estamos de regreso a nuestra tierra” (Romero, 2004, p. 165). En un bar alguien le ofrece una cerveza alemana, y acto seguido le recuerda que no es la que tomaba en su tierra, remarca aquella griega que lo divide en su ser: “No es una *Costeña*, pero qué se va a hacer, ¿no es cierto?” (Romero, 2004, p. 278). El sujeto de exilio busca resistencias que suavicen esa vivencia de ser agrietado, como aquel momento en que busca un sitio donde oír música latinoamericana y hablar español (Romero, 2004, p. 125). Por esta vía,

Elipsis sentía la desazón de la movida patriótica: por un lado el saberse adentro de todas las cosas, cada ángulo de ese espacio le pertenecía; y por el otro las ganas de salir corriendo, de volver a la memoria donde la realidad era más llevadera. (p. 128)

En estas líneas pueden leerse varios elementos. Por un lado, la tristeza del sujeto de exilio cuando lo ataca la nostalgia de su lugar de origen, que no está allí cuando abre los ojos y camina por una ciudad distinta. Por otro lado, el sujeto busca en la memoria un hogar, una manera de volver al lugar que vive en sus recuerdos, movimiento que le permite hacer más llevadera la angustia de no estar allí. Y no solo volver a la memoria, sino deformarla (Sennett, 2014, p. 114), hacerla un refugio apacible donde escapar de la realidad; como Elipsis, “quien únicamente encontraba solaz en el pesebre de la infancia” (Romero, 2004, p. 297). Esta deformación ofrece al exiliado una herramienta para intentar volver a su lugar de origen: convertirlo en

una ficción, recordarlo con ánimo de volver, magnificar sus cualidades y aminorar sus defectos (los compara con las limitaciones que experimenta en su nueva ciudad). Por esta vía, Elipsio se siente nuevamente extranjero (el exilio como cuestión existencial y no solo territorial), cuando descubre que no puede escapar de la realidad y que muchas veces la vuelta a la memoria no es suficiente; su carácter deforme y ficticio no le satisface y lo hace experimentar la angustia de sentirse así. Se agudiza su grieta y se revela esa profunda condición existencial de ser extranjero: “él ya estaba lejos, siempre estuve y estaré lejos se decía” (Romero, 2004, p. 75).

Contra-dispositivo

Luego de analizar en la novela los elementos que desde la biopolítica delimitan el dispositivo de exilio, los procesos de subjetivación que produce e implica y de tomar desde el recurso literario otros elementos que lo componen, se realiza un proceso paralelo para analizar en la novela los elementos que se oponen al dispositivo, las fuerzas que se contraponen a dichos procesos y hacen que el sujeto de exilio resista y se constituya a sí mismo, mientras intenta liberarse de las redes del dispositivo por las líneas de fuga.

En esta sección se identifican tres líneas del contra-dispositivo de exilio que configura Elipsio, además de los otros que ya se habían delineado en la novela anterior, o en el análisis de *La rueda de Chicago* que se ha hecho hasta aquí, como el movimiento de huida o el intento de volver a la patria al deformar la memoria. Estos tres elementos son: las comunidades de exiliados, la soledad, la escritura y lo que significan tanto Lamia como Sheng en su exilio. Primero, aparece como resistencia la construcción de un pedazo de Colombia allá en Chicago, un intento por convertir el espacio que no se reconoce en uno donde se sienta pertenencia, por más pequeño que sea: “El restaurante colombiano en la Lincoln era una mezcla de café barato en la séptima de Bogotá con restaurante popular en La Pintada, Caldas” (Romero, 2004, p. 128). Todo este ambiente suaviza por un momento la vivencia contrapuntística del exiliado y desdibuja la grieta que lo define y lo separa de su lugar de origen; en el restaurante puede sentirse nuevamente como en su patria. Este contra-dispositivo tiene un carácter espacial, que se compagina con otro que consiste, no en construir un espacio para sentirse volver, sino en reunirse con otros exiliados (muchas veces del mismo

país) para hablar de temas en común e interesarse por cosas similares, crear una pequeña comunidad como resistencia a su ser y sentirse extranjero. En palabras de Canclini (s.f), “No hay mejor contrapeso a la máquina de exiliar que crear comunidades en las que pensemos, imaginemos y actuemos solidariamente” (párr. 17).

Otra de las líneas por las cuales Elipsio puede escaparse del dispositivo de exilio es la soledad, a la que ha sido obligado pero que constituye una forma de vida que puede aprovechar, y por ese camino, resistir desde la nuda vida a la que ha sido sometido, puede materializar una de las formas de contra-dispositivo que se desprende de los planteamientos de Agamben (2010; 2011). La soledad es sentir la tristeza de no estar con los suyos compartiendo las cosas conocidas, pero al otro lado de la moneda, un espacio desde el cual resistir al poder, porque le permite dedicarse tiempo, conocer nuevos ambientes, buscarse y construirse como sujeto. Disfrutar la soledad como una forma de vida desde la cual resistir: “saborear la soledad en una pequeña mesa en el rincón” (Romero, 2004, p. 259). Asociada a esta línea y posibilitada por ella, se encuentra otra de las resistencias que construye Elipsio: la escritura. Los artículos que envía a Venezuela y le permiten sostenerse económicamente (Romero, 2004, p. 47), junto con algunos poemas, funcionan como un refugio desde el cual enfrentarse a las redes de saber/poder que procuran determinararlo, y definirse a sí mismo al fugarse del dispositivo. Tal como lo manifiesta en este diálogo: “He estado muy solo, escribiendo” (Romero, 2004, p. 285), y añade la dimensión de lo que significa esta línea de resistencia en su vida: “Sacrificar un mundo para pulir un verso” (Romero, 2004, p. 285).

El tercer elemento del contra-dispositivo que se desprende del recurso literario es la relación que logra establecer con Sheng, lo que constituye un refugio donde descansar, liberarse, suavizar esa soledad de la que se habló anteriormente. En un principio, Elipsio tiene un solo objetivo en Chicago: buscar a su novia Lamia, desaparecida desde que ambos fueron atrapados y llevados a la cárcel, lo que sucede en la otra novela. Todo su peregrinar y búsqueda por Chicago se lee como un intento de encontrar algo de Cali allá en Chicago. Pero esta búsqueda se complica y lo lleva a lugares y situaciones peligrosas: “La búsqueda de Lamia enredaba cada vez más los cables que dibujaban los pasos de su vida por la ciudad” (Romero, 2004, p. 283). Frente a esta búsqueda laberíntica, Sheng se convierte en el amor como

contra-dispositivo, “escape del laberinto, encuentro del hilo, de la puerta que es única, verdadera” (Romero, 2004, p. 365). Lejos de las complicaciones que le trae su búsqueda de Lamia, Sheng significa una liberación que le exige cierta pureza, desprenderse de sus enredos. Le ofrece un ambiente donde Elipsio se libera de los procesos de subjetivación que lo apresan como sujeto de exilio, a través de su papel como amante en una relación con alguien cuya sonrisa es la existencia misma (Romero, 2004, p. 236) o con quien hacer el amor era “más que religión, libertad” (Romero, 2004, p. 418). En conclusión, como la búsqueda de Lamia significa buscar algo de Cali en Chicago, el encuentro con Sheng es un refugio, un lugar donde desdibujar la grieta que divide su ser y poder sentir que pertenece a algún lugar allá. Igual que *La rueda de Chicago*, termina con un movimiento de liberación del dispositivo de exilio:

Era ella ahora toda para él, abolidas las fronteras, y eso lo llenaba a Elipsio de otro temor. “Tengo que salir de este monstruo con dos rostros tan jodidos en que me estoy convirtiendo [...] y meterme de frente con ésta, mi chinita [...] Basta ya de Lamia” (Romero, 2004, p. 388).

En síntesis, las dos novelas que se analizaron aportan elementos a la elaboración del dispositivo de exilio y los procesos de subjetivación que implica, así como permiten contrastar y ampliar los que se había delineado en el primer capítulo desde la perspectiva biopolítica. En ambas obras se evidencia cómo las redes de saber/poder definen al sujeto y cómo intenta resistir desde distintos mecanismos. Hay un énfasis en el mar como lugar de transición, aparece una vivencia contrapuntística no solamente después de la huida hacia el nuevo lugar sino desde antes de partir del lugar de origen. Existe producción de nuda vida tanto en Cali como en Chicago, acompañada de un proceso de persecución por parte del poder soberano y de huida por parte del sujeto. En cuanto a los procesos de resistencia, se da la huida como liberación, a veces se logra acomodar al nuevo lugar, se deforma la memoria como mecanismo de regreso a la tierra irrecuperable, se buscan comunidades de exiliados o pedazos de Cali en Chicago. Elipsio resiste desde la soledad y la escritura como líneas de fuga, e incluso el amor funciona como un contra-dispositivo.

Conclusiones

En conclusión, el trabajo de investigación permitió establecer puntos de conexión entre la biopolítica y los textos literarios para construir fundamentalmente dos categorías estrechamente vinculadas: el dispositivo de exilio y los procesos de subjetivación política que en él se dan, en su doble movimiento: producción del sujeto de exilio y mecanismos de resistencia (contra-dispositivo). Esto posibilitó nuevas formas de comprensión de lo político, y demostró que la literatura refleja problemáticas concretas de los sujetos, que un acercamiento desde la mera teoría muchas veces no permite vislumbrar. También se estudió dentro de la literatura y la política colombianas un tema que no suele aparecer en sus registros, el exilio. Todo lo anterior deja abierta la puerta para ampliar los temas que se estudian en las Ciencias Políticas y brinda herramientas para leer textos literarios en clave biopolítica. Quedan otros interrogantes que surgen luego de la reflexión: ¿qué otros hechos y textos literarios se enmarcan dentro de los procesos de subjetivación del exilio en Colombia?, ¿qué repercusiones académicas y políticas tiene incluir el exilio en los temas que se tratan y estudian?, ¿cómo ir de la reflexión académica y literaria a la realidad del exilio en el país?

La primera parte del trabajo permitió delinear los elementos que componen el dispositivo de exilio, entre los que se encuentran la calidad de *homo sacer* del sujeto de exilio, su vida que deviene en nuda vida, la huida para proteger ese reducto de vida que le deja el poder soberano. El exilio como una doble movida: un castigo impuesto desde fuera o un refugio construido desde el sujeto, la vivencia del contrapunto; además que materializa la cuestión existencial (y no solo territorial) de sentirse extranjero. En cuanto a los procesos de resistencia, se encontraron varios elementos que son parte tanto del dispositivo como del contra-dispositivo: la soledad, la huida, la discontinuidad del ser y el contrapunto.

De la segunda parte se concluye que el personaje literario Elipsio es un sujeto de exilio, según las nociones construidas en el primer capítulo. Además de este contraste entre biopolítica y literatura, las novelas aportan otros elementos a la construcción de las dos categorías centrales del trabajo. Se amplió uno de los planteamientos de Said (2005), ya que la vivencia del contrapunto no se da solamente en el lugar de llegada, sino desde el lugar de origen. Este enfrentamiento de realidades simultáneas se da en varios ámbitos:

espaciales, temporales, lingüísticos, y en las costumbres y modos de vida. El recurso literario también reveló otros mecanismos desde los cuales el sujeto de exilio se resiste al dispositivo: la huida como liberación, suavizar el entorno de llegada, deformar la memoria como una forma de volver sin volver al lugar de origen, construir comunidades de exiliados, aprovechar la soledad, resistir desde la escritura y la vivencia del amor como contra-dispositivo.

Referencias

- Adorno, T. (2004). *Minima Moralia: Reflexiones desde la vida dañada. Obra Completa 4*. Madrid: Akal.
- Agamben, G. (2010). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2011) ¿Qué es un dispositivo? *Revista sociológica*, 26(73), 249-264. Recuperado de <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/7310.pdf>
- Benjamin, W. (1998). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.
- Deleuze, G. (1990). ¿Qué es un dispositivo? En E. Balbier & G. Deleuze. (Ed.), *Michel Foucault, filósofo* (pp. 155-163). Barcelona: Gedisa.
- Camus, A. (2012). *El extranjero*. Madrid: Alianza Editorial.
- García, N. (s.f). Los puentes entre Argentina y México, La máquina de exiliar. *Revista Anfibia*. Recuperado de <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-maquina-de-exiliar-2/>
- García, L. (2011) ¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben. *A Parte Rei. Revista de filosofía*, (74). Recuperado de <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei/fanlo74.pdf>
- Hobbes, T. (2000). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lévy, P. (1999) ¿Qué es lo virtual? Barcelona: Paidós.
- Romero, A. (1997). *La piel por la piel*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana.
- Romero, A. (2003). *Un día entre las cruces*. Cali: Universidad del Valle.
- Romero, A. (2004). *La rueda de Chicago*. Bogotá: Villegas Editores.
- Ruiz, A. (2014). *Derecho y violencia: de la teología política a la biopolítica*. (Tesis Doctoral, Unviersidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia).

- Said, E. (2005). Reflexiones sobre el exilio. En E. Said. (Ed.), *Reflexiones sobre el exilio* (pp. 179-195). Barcelona: Debate.
- Sánchez, M. (2011). Exilio. Entrevista a Helena Araújo. *Lingüística y Literatura*, (60), 245-254.
- Sarduy, S. (2000). Exiliado de sí mismo. En S, Sarduy (Ed.), *Antología*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sennett, R. (2014). *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio*. Barcelona: Anagrama.
- Tassin, E. (2012). De la subjetivación política. Althusser/Rancière/Foucault/Arendt/Deleuze. *Revista de Estudios Sociales*, (43), 36-49.